

EN ESTE NUMERO:

- HACIA UNA CATEQUESIS DE ADULTOS, por Casiano Floristán (p. 7).
- ACUSACION FALSA: LA IGLESIA Y EL PROBLEMA SOCIAL, por Anastasio Fernández (pp. 13-15).
- REFLEXIONES EN TORNO A LA RETRIBUCION ECONOMICA DEL CLERO (pp. 17-19).

editorial

SECULARIZACIONES

TODO posible comentario ha de partir del hecho tal cual se presenta. Amplificarlo, tergiversarlo, minimizarlo u olvidarlo no conduce a nada. En España y fuera de España, cerca o lejos de nuestras fronteras, ha surgido una corriente que lleva a algunos sacerdotes a abandonar las filas del clero y pedir su reducción al estado laical. Si muchos o pocos, si más aquí que allá, si en relación más o menos abrupta con la situación anterior, es difícil decirlo, pues faltan estadísticas ciertas. Estas serán por mucho tiempo imposibles, supuesta la dificultad en conocer las situaciones irregulares anteriores que permanecían ocultas. Y como los expedientes de secularización suelen tramitarse en la diócesis de origen o en la de residencia, aumenta la dificultad para el cómputo. Aquí nos basta con saber que es un hecho lo suficientemente amplio para haber provocado una repercusión social en el pueblo cristiano, y que, por imperativo pastoral, a ese pueblo hay que darle explicación clara de lo que está ocurriendo.

¿En qué puede consistir esa explicación? Si, como es elementalmente cristiano, ha de basarse en la verdad, reflejará todos los contornos del problema. Habrá que decirle, ante todo, que el nuevo estilo de la Iglesia al enfrentarse con estos casos no es ningún capricho, porque el sistema anterior iba llevando a extremos cada vez más dolorosos. Hay que hacer caer en cuenta a todo el mundo que la Iglesia nada ganaba con retener en las filas de su clero, ante la perspectiva de una vida perpetuamente irregular, a quien había perdido su vocación, experimentaba una extrema fragilidad a la hora de vivir sus compromisos o simplemente había caído en una radical desilusión que le convertía en permanente contratestimonio, en positivo escándalo. ¿No es mucho mejor abrir la puerta a quien quiera marcharse que condenar al superior y al súbdito al perpetuo tormento de nuevos traslados, indefinidos disgustos, desconcierto entre los fieles, desgaste psicológico para el interesado, falto de esa «interior satisfacción» que las ordenanzas militares señalaban como absolutamente indispensable para «el real servicio»?

A lo que añadiríamos un hecho clamoroso, del que los mismos fieles son, más que testigos, protagonistas. Ellos saben bien lo que ha cambiado el mundo; viven en sus casas, en sus puestos de trabajo, en sus relaciones sociales, ese inmenso cambio. El afán de goce, el erotismo desenfrenado, el paganismo práctico son un hecho al que ellos no logran sustraerse, pese, muchas veces, a sus firmes convicciones cristianas. Que no se extrañen, por tanto, si el sacerdote, que no es de distinta madera, cede también ante un ambiente así. Como no deben extrañarse si la perplejidad, la desorien-

tación, el desencanto o el vértigo que a ellos les producen los cambios dentro de la Iglesia (o paradójicamente en otros casos, la ausencia de cambios) llegan también a producirse en quienes viven esa Iglesia más desde dentro. La Iglesia se nos ha hecho problemática a todos. Y es injusto que los mismos que experimentan en sí la dificultad, culpen agriamente a otros por sentirla también, fundando esa culpa sólo en el hecho de que sean sacerdotes.

Diríamos, por consiguiente, que hay que enseñar a los fieles a no simplificar injustamente lo que es muy complicado. A no reducir desdeñosamente y por sistema a un «lío de faldas» lo que es producto de una situación dolorosa para todos, empezando por ellos mismos. A saber valorar los hechos, de manera que no hagamos del sacerdote que abandona el clero un héroe que se atreve a «saltar la tapia», dando un ejemplo de valentía frente a otros muchos cobardes, pero tampoco un réprobo que se deja llevar de sus pasiones, sin más justificación que las mismas. Las cosas han de verse como son, con ojos bien limpios, para hacerse cargo de todos los matices que hay en lo que muchas veces ha querido presentarse como de un solo color. Ni nuestra sociedad, ni la Iglesia, ni el ambiente, ni los nervios son los de antes. Justo será no aplicar, por tanto, los criterios de antes.

¿Cuál será entonces la actitud justa? No dramatizar. Una puerta abierta no es siempre y necesariamente la manera de dejar helados a los que están en una habitación. Puede representar la entrada de aire fresco cuando el ambiente estaba cargado; o el alivio de alguno que tenía sensación de claustrofobia y así ve terminada su crispación y puede seguir conversando; o la posibilidad de contemplar un paisaje apacible, cuando el interior resultaba ya atosigante... Incluso aplicando la metáfora a nuestro caso, puede ofrecer la oportunidad para incorporarse a un trabajo fructífero, a la intemperie, mucho más a su gusto, de quien dentro no acababa de encontrar su puesto adecuado.

No proclamamos la secularización como la mejor salida. Seguimos admirando de todo corazón, y cada vez más, a medida que todo se va haciendo más problemático, a quienes siguen hasta el fin fieles a su vocación, a sus compromisos y a su apostolado. Pero admitimos que hay casos en que es mejor para todos, los que salen y los que quedan, que algunos salgan. Los de dentro, con su esfuerzo, suplirán a quienes salieron. El laicado cristiano, sobre todo en sus minorías militantes, asumirá también las propias responsabilidades

(Pasa a la pág. 2.)

